Rambouillet

El nombre de Rambouillet despierta todo género de recuerdos, y desde el rey hasta el último muchacho de Paris, no hay persona que no lo conozca ó crea conocerlo. A este nombre el reinado se acuerda de los trozos de su historia; á este nombre se viene á la memoria de la literatura francesa su primera iniciacion en la delicadeza de sentimientos y en los hábitos de la galantería; à este nombre el pueblo piensa en aquella victoria que alcanzó un dia á fuerza de temeridad, sobre una dinastía fugitiva y á favor de otra que se presentaba. Así es que cada uno tiene tan presentes los acontecimientos que se unen á la historia del castillo de Rambouillet, que los parisienses que no han ido jamas á él, se imaginan haberlo visto lo mismo que han visto á Versalles, San German y Meudon.

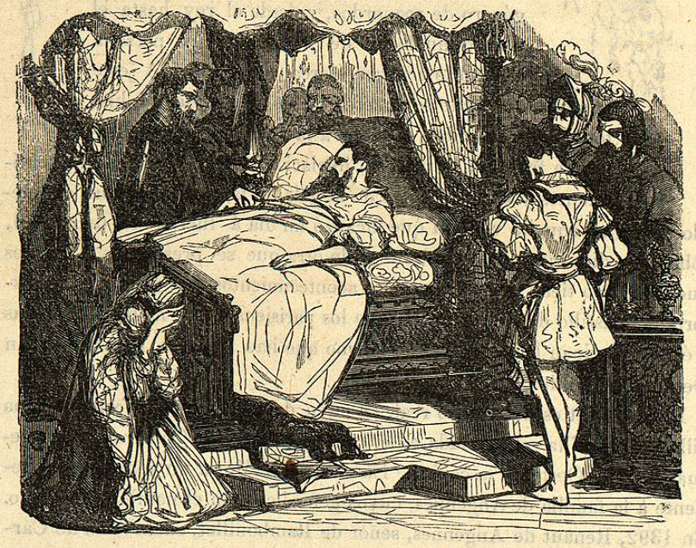
Rambouillet es un castillo real, en cuyo derredor se ha formado una villa. Esta villa està situada en el camino de Paris á Chartres, doce leguas al Sud-Oeste de la capital. En el siglo XIV era un señorío perteneciente à la familia de Angennes, cuyos gefes llevaban el nombre de Abeto. En 1392, Renaut de Angennes, señor de Rambouillet, chambelan de Cárlos VI, fué encargado por el monarca de la guarda del Louvre. Otro de Angennes, de la misma sangre, fué capitan de guardias en tiempo de Francisco I. Enrique II, Francisco II y Catalina de Médicis lo emplearon en

misiones diplomáticas: sus dos hijos, Claudio y Cárlos de Angennes, fueron sucesivamente obispos de Mans. Cárlos fué el primero en llevar el nombre del castillo de sus antepasados, cuando decorado con la púrpura en 1570 por el papa Pio V, tomó el título de cardenal de Rambouillet.

El castillo de Rambouillet, tan célebre por lo ménos como sus poseedores, está por todas partes rodeado de estensos bosques, muy favorables á la caza. De un lado queda el bosque de Ivelines, surcado de caminos regulares que se estienden hasta perderse de vista; del otro, el bosque de Rambouillet unido al de Saint-Leger, que cubre una superficie de treinta mil fanegas, y coronado de numerosas colinas, se estiende hasta Monfort-l' Amaury, y va á perderse en el valle de Houdon.

Tal como está hoy el castillo de Rambouillet, casi no ocupa mas que trescientas toesas de terreno; su plan es irregular; su arquitectura pesada y tosca no presenta ninguna riqueza de decoracion. Todo lo construido con ladrillo no parece remontar mas allà del reinado de Enrique IV. De las antiguas construcciones del castillo no queda mas que la gruesa torre que pueda ser tenida por anterior al siglo XV.

En esa gruesa torre hay una recámara en la que murió el dia último de



Marzo de 1547 el rey Francisco I. Llevaba diez años de sufrir, y su humor se habia vuelto sombrìo. A la edad de cincuenta y dos años se retiró al castillo, en el que se le oía gemir y de tiempo en tiempo escapàrse-

RAMBOUILLET.

le esta esclamacion: «Dios me castiga por donde he pecado.” Aquella recámara es la pieza mas interesante del castillo. Se condenó en ella mucho tiempo el retrato de Francisco I, su casco, su espada y su cota de armas, pero estos preciosos objetos ya no están allí, y solo queda, derramando poesía en aquella pieza, la memoria de haber ecshalado en ella el último suspiro un rey famoso. La tradicion de esa muerte es una de las fuentes de la fortuna de los cuidadores que muestran el castillo de Rambouillet á los viageros estrangeros, siempre hambrientos de memorias.

Otros habitantes, otros personages históricos se succedieron en aquella real morada. La tierra de Rambouillet, erigida en marquesado, fué llevada á Cárlos de S. Mauro, duque de Montausier, por su muger Julia Lucina de Angennes.—Montausier,—Julia de Rambouillet,—dos hermosos nombres para siempre ilustres, en los que es imposible no detenerse un instante. Sabido es que Moliére fué *acusado* de haber querido representar al ayo del delfin bajo la noble figura del Misántropo, y que aquel se apresuró à absolver al autor cómico, declarando que habria deseado ansiosamente parecerse à Alceste. «El original debia ser bueno, supuesto que la copia es tan hermosa!” Todo nos asegura, en efecto, que sus detractores (pues los tuvo) fueron injustos. ¿Qué ayo de príncipe ha dicho á su educando mostrándole una choza: «Bajo esa choza, en ese miserable lugar viven el padre, la madre, los hijos que trabajan todo el dia para pagar el oro con que están adornados vuestros palacios, y que soportan el hambre para subvenir á los gastos de vuestra suntuosa mesa?” ¿Qué cortesano ha osado despedirse del hijo de un rey, con palabras tan nobles como estas: “Monseñor, si sois hombre de bien, me amaréis; si no lo sois, me aborreceréis, y yo me consolaré de ello?” *Y yo me consolaré de ello!* No lo hubiera dicho mejor Alceste: ciertamente debió dar mucho que reir á los cortesanos de Versalles aquel hombre de quien decia Massillon que no era de su siglo: á modo del amante de Célimène nos parece oirlo gritar en el Tragaluz:

A fé mia, señores, que yo no creía ser
Tan gracioso como soy.....

El rígido censor de la licencia de la corte y de la ciudad, no amaba, sin embargo, á los satíricos de oficio; à Boileau le llamaba «un maldiciente público que merecia cien palos;” él habria recibido con mucho comedimiento en su castillo de Rambouillet al procurador Lemoyne, autor de aquel epigrama bastante ignorado y mas detestable todavía que el soneto de Oronte.

Boileau es un versificador satírico. Gracias à la virtud del garrote ha

cambiado de diapason y de tono. Cuando este remedio se aplica, tiene mas virtud que una réplica, para volver la rima à la razon.»

En cuanto á Julia de Rambouillet, nadie ignora su ilustracion en los fastos literarios. El nombre del castillo que los de Angennes poseían todavía, fué dado tambien á la casa que ocupaban en Paris en la calle de Santo Tomas del Louvre. Allí fué la cuna de la urbanidad francesa y de las gracias del lenguage. Desde que no ecsistia la caballeria, el amor y el culto de las mugeres no habian sido en Francia mas de un contrapunto de la guerra. Los galantes no cesaban jamas de ser los soldados de guardia, y la lengua de las callejuelas no era otra que la de los campos. Se marchaba al asalto de las mugeres como al de las plazas fuertes, y nadie comprendia el amor y sus giros sino por el lado sensual y voluptuoso. Los franciscanos, recitando en plena iglesia la oracion fúnebre de una dama, encontraban muy natural hacer el elogío de la bella garganta de la muerta y de su pierna bien formada. El materialismo del siglo XVI habia borrado todos los matices del amor; no conocia ni sus dulces preámbulos, ni su lenguage velado, ni sus misterios, ni ménos sus vagas meditaciones y sus emociones secretas. Ausentes de la vida privada el sentimiento y lo ideal, estaban tambien ausentes de la literatura; el sensualismo de las costumbres se acomodaba à la rudeza del estilo y se traducia en él perfectamente. La literatura era galante sin ser culta.

La casa de Rambouillet fué el lugar en que se suavizaron los hábitos y se civilizó la gramática. De aquel gabinete tapizado de terciopelo azul en que reinaba la *incomparable Artenice*, en que se reunia la flor de los hombres de talento y de las mugeres distinguidas de aquel tiempo; de aquel gabinete, repetimos, salieron la elegancia y la refinada cultura que se esparcieron en la corte y luego en todo el reino. Sin duda aquella elegancia acabó por ser *afectada*, y en consecuencia *ridícula;* sin duda que aquella cultura se refinó á punto de ir á perderse en una metafísica oscura, y que vino á hacerse mística en vez de permanecer delicada; pero ántes de que Moliére tuviese tan grandemente razon, Balzac y Voiture habian tenido infinita gracia y talento; de manera que la literatura detenida con oportunidad por un hombre de gusto y genio supremos, en el punto del que, si hubiera pasado, se habria estraviado en interminables sutilezas y en inmodestas pudicicias, no por eso deja de conservar un barniz de aticismo y un sentimiento delicado que no ha perdido despues. Pero no solo se reaniman en Paris en la calle de Santo Tomas del Louvre los Voiture, los Balzac, los Chapelain, los Cotin y los Ménage, sino que tambien pasearon sus meditaciones bajo los bellos árboles del castillo de Rambouillet, se entregaron á doctas conversaciones sobre la menuda yerba del parque, y en fin, en los jardines que despues dibujó Lenôtre, fueron indudablemente recogidas por todos esos talentos maravillosos, las flores de que se compone la poética *Guirnalda de Julia.*

El castillo volvió á ser á poco histórico y habitado por príncipes, dejando de ser literario. En 1706 fué vendido al conde de Tolosa, uno de los hijos legitimados de Luis XIV, y en 1711 el marquesado fué erigido en ducado con dignidad de par. Se sabe como la sangre de los bastardos pasó toda entera á la casa de Orleans, y como para la muerte de los dos hijos del duque de Maine, recibió el duque de Penthiévre, hijo del conde de Tolosa, la inmensa sucesion que habia soñado Luis XIV. Se comprendia en dicha sucesion la tierra de Rambouillet.

La duquesa de Berry, hija demasiado célebre del Regente, estableció allí uno de los teatros de sus galanterías. Mas de una vez se le reunió en aquel lugar el duque de Orleans: las secretas conversaciones del padre con la hija, sus citas largas y sin cesar recomenzadas, la fisonomía misma de aquellas conversaciones en que segun la espresion del terrible narrador de anécdotas Saint-Simon, «todo languidecia habiendo un tercero," acabaron por abrir los ojos al duque de Berry. Su cólera estalló, en fin, y produjo entre los dos esposos escenas de espantosa violencia. «La última que pasó en el castillo de Rambouillet, continúa Saint-Simon, cuya pluma queremos dejar correr, dió por resultado una patada á madama la duquesa y la amenaza de encerrarla en un convento por el resto de su vida."

El interior de los departamentos, testigos de aquellas vicisitudes conyugales de príncipes, no ofrece nada que merezca fijar la atencion ó ser mencionado aquí. En cuanto al edificio en sí mismo, ha recibido mejoras notables despues de la época en que se le tuvo olvidado. En la orilla del camino de Paris hizo construir el duque de Penthiévre un vasto departamento para la servidumbre, á la izquierda del castillo. Otros departamentos de escelente distribucion fueron construidos despues, sobre un plan tan estenso, que se encontraba allí alojamiento para mil cien hombres, formados ó de tropa, departamento para cuarenta oficiales, y caballerizas que podian contener hasta seiscientos caballos.

Luis XVI habia concebido el proyecto de agrandar un castillo que á menudo se encontraba sobre los pasos de la familia real, y que por otra parte tenia la circunstancia de ser morada de príncipes. Se le propusieron restauraciones, se le presentaron planos; pero Luis XVI tenia que pensar en otra cosa que no en restauraciones y planos; tenia que sostener la monarquía que se venia abajo. Los planos levantados por el arquitec-